

PENSAMIENTO

Esclavos de España

Dos libros analizan el comercio y la explotación de africanos en la América hispana

Por Carlos Martínez Shaw

COMO ES BIEN sabido, la mayor catástrofe que se abatió sobre el África subsahariana en los tiempos modernos fue la trata de esclavos. Sus protagonistas fueron sobre todo los mercaderes europeos establecidos en las factorías esclavistas de la costa (portugueses primero y después holandeses, franceses e ingleses), que impulsaron la transferencia masiva y forzosa de las poblaciones africanas hacia el continente americano, esencialmente para servir de mano de obra a la economía de plantación practicada en las colonias de todas estas potencias y de la monarquía hispánica, que sólo tuvo acceso a las fuentes de abastecimiento de esclavos más tardíamente, ya a finales del siglo XVIII.

Este hecho ha sido en buena parte responsable de que sobre el comercio y la explotación de los esclavos africanos en la América española hayan corrido determinados tópicos que aún hoy siguen desorientando al curioso que no está especializado en esta temática. Los dos libros reseñados, aunque en diversa medida y desde diferentes perspectivas, vienen a aclarar algunos puntos esenciales para comprender el fenómeno y así contribuir a mejorar el deficiente conocimiento que se suele tener acerca de tantos aspectos de nuestro pasado.

El libro de José Antonio Piqueras es el de un gran especialista en la temática, sobre todo, aunque no exclusivamente, en lo relativo al ámbito antillano y al siglo XIX. Así, su primera preocupación es despejar las incógnitas sembradas por las leyendas interesadas promovidas por el nacionalismo español. España no practicó la trata en los primeros siglos de la modernidad no por una opción ética, política o económica, sino sencillamente porque no tenía acceso a los centros proveedores de esclavos en virtud de la prohibición contenida en el tratado de Tordesillas de 1494. Ahora bien, eso no significó que sus colonos instalados en las Indias no exigiesen mano de obra esclava, especialmente tras el desarrollo de la economía de plantación (azúcar, cacao, café) y, por tanto, siguiendo una geografía muy específica que seguía las líneas de la configuración económica de las distintas regiones. Por tanto, sus necesidades de esclavos africanos fueron atendidas por las potencias negras indicadas, hasta que las enormes dimensiones adquiridas por los ingenios azucareros de Cuba incentivaron a los españoles a convertirse en negreros y



Ilustración sobre el motín a bordo del *Amistad* en 1839. Foto: MPI / Getty Images

asegurarse así su propio suministro, olvidándose de Tordesillas y practicando la trata en gran escala (pese a haber suscrito en 1820 un convenio en sentido contrario con Inglaterra, que se había pronunciado por la prohibición de este tráfico humano años antes) hasta el final de la década de los sesenta. Y, sin embargo, como explica el autor, todavía en 2009 los ponentes del Partido Popular pudieron defender ante las Cortes que "España no formó parte directamente del tráfico" y quedarse tan frescos.

Además, naturalmente, hay que distinguir entre el comercio de esclavos y el mantenimiento de la esclavitud, que aún se prolongó más: la I República la abolió en Puerto Rico en 1873 y el Gobierno liberal de Sagasta la suprimió en Cuba en 1886, sólo dos años antes de que lo hiciera Brasil, el último país oficialmente esclavista. Siguiendo a Jordi Maluquer de Motes, ya la primera decisión desmovilizó, por considerar inevitable el fin del sistema, a los grupos favorables a la continuidad de la esclavitud en las Antillas, incluyendo a la llamada "Liga Nacional" constituida poco antes en Barcelona y a cuyo nacimiento habían asistido todas las fuerzas vivas de la ciudad (y alrededores): dos obispos, cinco alcaldes, dos presidentes de la Diputación, diez catedráticos de la Universidad, veinte diputados y senadores, varios directores de grandes diarios y numerosos comerciantes, armadores y banqueros, entre ellos once accionistas del Banco Hispano-Colonial y 24 consejeros de la Caja de

Ahorros y Monte de Piedad de Barcelona.

Más monográfico es el segundo libro, que tiene, sin embargo, la virtud de señalar con precisión los pasos dados por España para garantizarse su cupo de esclavos negros en sus colonias americanas. Reyes Fernández Durán nos ilustra sobre la concesión de licencias ("asientos" o contratos)

La mano de obra cautiva se convirtió en una de las bases del despegue del capitalismo español

para la introducción de esclavos africanos, primero (durante los siglos XVI y XVII) a grupos empresariales portugueses y genoveses, después a la francesa Compagnie de Guinée y finalmente a la inglesa South Sea Company. Cancelado en 1750 el oneroso asiento con los británicos (impuesto por la paz de Utrecht de 1713), la segunda mitad de siglo abundó en iniciativas particulares, algunas de las cuales fraguaron en la creación de sociedades mercantiles especializadas en la trata (como la fundada en Cádiz en 1765 bajo el inequívoco apelativo de Compañía

añá Gaditana de Negros), hasta la liberalización del tráfico acordada por la Corona en 1789 para la introducción de esclavos en las islas de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico y en la provincia de Caracas. El resultado fue una multiplicación extraordinaria de la mano de obra africana, que se convirtió en el gran pilar de la próspera economía cubana del siglo XIX y en una de las bases del despegue del capitalismo español.

Prosperidad pero obviamente no para todos. Una historia de la esclavitud necesita no sólo de estadísticas macroeconómicas, sino de análisis más complejos que tengan en cuenta los aspectos políticos, sociales y morales: la conspiración de los poderes, la indignidad intrínseca del sistema, la crueldad de los poderosos, el sufrimiento de los sometidos, la miseria moral de los que justificaron o quisieron ignorar la existencia de aquel "infierno que nunca acaba". En estos dos libros el lector encontrará materia para conocer mejor las innumerables vertientes de una realidad oceánica y polidécica que condicionó el devenir del mundo (y, naturalmente, de España) durante cuatro siglos de su historia. ●

La esclavitud en las Españas. Un lazo transatlántico. José Antonio Piqueras. Los Libros de la Catarata. Madrid, 2012. 262 páginas. 19 euros.

La Corona española y el tráfico de negros. Del monopolio al libre comercio. Reyes Fernández Durán. Ebook. Editorial del Economista. Madrid, 2012. 412 páginas. 20 euros.

Los trozos de un espejo trágico

El caso Casas Viejas. Crónica de una insidia (1933-1936)

Tano Ramos
XXIV Premio Comillas de historia, biografía y memorias
Tusquets. Barcelona, 2012
441 páginas. 24 euros

Por Antonio Elorza

CASAS VIEJAS es uno de los episodios emblemáticos de la Segunda República, donde se cruzan la insurrección campesina y la más brutal de las represiones, la investigación periodística y el aprovechamiento del suceso para destruir la imagen del jefe de Gobier-

no republicano, Manuel Azaña, y, en fin, la agudización de las tensiones sociales durante el quinquenio y su enlace con el estallido de la represión generalizada contra la izquierda a partir del 18 de julio de 1936. A pesar de la abundante literatura sobre el caso Casas Viejas, faltaba una reconstrucción puntual de los acontecimientos a partir del momento en que el capitán Rojas entra con sus guardias de asalto en Casas Viejas, una miseria pedanía de Medina Sidonia que acaba de participar en el fallido levantamiento anarquista de enero de 1933. La muerte de tres guardias del lugar durante la lucha sirve de aliciente y de coartada para los fusilamientos ordenados por Rojas. Pronto el asunto adquiere una nueva dimensión, al

ser acusado el director de Seguridad, Arturo Menéndez, y en segundo grado, Manuel Azaña, de haber ordenado la mortífera represión, con la frase que se hará famosa de los tiros a la barriga. Ramos persigue puntualmente el desarrollo del juicio, así como el enorme impacto del mismo en la prensa, incluida la sentencia casi absolutoria del Supremo en 1936, hasta ahora olvidada. Sobre todo, su búsqueda reconstruye las peripecias de los personajes implicados en el episodio, un espejo trágico de la represión en profundidad llevada a cabo por los militares sublevados. Un punto de duda, sin embargo, sobre la bien probada inocencia de Azaña y Menéndez frente a las acusaciones que levanta el capitán Bartolomé Barba a

partir de una supuesta conversación con Azaña al producirse el levantamiento, de que nada de prisioneros, "tiros a la barriga". Sabemos, sin embargo, que si Azaña no dio entonces esa orden, tal había sido su postura un año antes frente a otro levantamiento anarquista, el del Alto Llobregat. Y el testimonio, del propio Azaña, es irrecusable. En su diario de 23 de enero de 1932, narra su intervención en el Consejo de Ministros "...mostre mi resolución de proceder con toda rapidez y la mayor violencia a reprimir la rebelión. Como Fernando me oyó decir que se fusilaría a quien se cogiese con las armas en la mano, quiso disentir, pero yo no le dejé, y con mucha brusquedad le repliqué que no estaba dispuesto a que se comiesen la República. Todos los demás ministros aprobaron mi resolución". Las órdenes inmediatamente transmitidas al general Batet son de "aplacamiento", "inexorables". Conviene releer el caso Casas Viejas a la luz de este antecedente. ●